



El otro yo

Rafael Caunedo

DESTINO

El
otro
yo

Rafael
Caunedo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1611

© Rafael Caunedo, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: junio de 2023

ISBN: 978-84-233-6346-9

Depósito legal: B. 8.171-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Madrid, un día cualquiera, de esos en que ocurren las cosas trascendentes, las verdaderamente importantes. Hospital de la Moncloa. Segunda planta, al fondo, consulta de neurología. Luz blanca de halógenos. Mateo Cué y su padre, Ángel, escuchaban atentos las explicaciones del médico. Semblante serio, contenido. Los silencios resultaban largos y violentos.

—Me temo que no tengo buenas noticias —les dijo el neurólogo abriendo el dossier que contenía un exhaustivo estudio médico y el informe definitivo.

Entre los dedos de su mano derecha bailaba inquieto un bolígrafo Montblanc, mientras la izquierda iba pasando las hojas. El médico sabía lo que buscaba. Cuando llegó a ello, se ajustó las gafas y giró el dossier sobre la mesa, dejando que su paciente y su acompañante leyeran lo que él acababa de subrayar con dos rayas azules. Esa fue la primera vez que Mateo asoció la palabra *alzhéimer* a su padre.

Ángel Cué tenía por entonces sesenta y siete años, y llevaba tiempo valorando la posibilidad de que el

último capítulo de su vida estuviera acercándose. Por eso, una vez confirmado el diagnóstico definitivo, decidió llevar a cabo la estrategia que había ideado para el caso de que todo saliera como realmente salió. Se sentó con su hijo en una terraza junto a la ermita de San Antonio de la Florida, cercana a la consulta, al sol de mayo, dispuesto a sincerarse frente a un par de tazas de café y el zureo de un palomo cortés que perseguía a su elegida por debajo de las mesas.

—De alguna manera sabía que esto iba a pasar, así que lo tengo todo bastante meditado. Considéralo mi última voluntad, Mateo. Te rogaría que no me interrumpieras. Ya sabes que últimamente me cuesta encontrar las palabras, y quiero ser lo más coherente posible —dijo removiendo el azúcar.

—Te escucho.

—Ya tengo una edad, hijo, y tú también. No voy a andarme con rodeos a estas alturas. Llevo semanas pensando en este instante. Ahora que ya se confirma el alzhéimer, me da igual que lo llamen precoz, no tengo intención de hacer un drama de ello. No sé por qué, pero contaba con ese pronóstico. Hoy por hoy, aún soy capaz de reconocer los síntomas, pero tal vez la próxima semana ya no. Soy mayor, pero no idiota. Por eso sé también lo que se me viene encima. He leído informes, visto películas, repasado documentales, y he vivido de cerca la enfermedad de algún amigo, así que sé a lo que me enfrento. No voy a tratar de dulcificar nada. —Hizo una pausa para sorber un poco de café mientras su hijo no había abierto ni siquiera el sobre del azucarillo—. Dentro

de un tiempo, desconozco cuánto, me quedaré sentado en una silla con la mirada perdida y el Dodotis bien empapado. Antes de que llegue ese momento, quiero decirte...

Una mujer de unos cuarenta años, que venía caminando por la acera con un fox terrier jugueteón, se paró junto a la mesa al reconocer a Ángel. Su gesto de alegría contrastaba con la solemnidad con la que los dos hombres hablaban.

—Buenos días, perdonen que los moleste —dijo la mujer colocando las manos ante el pecho—. Le he visto mientras me acercaba, señor Cué, y no he podido evitar pararme para saludarlo. Es para mí un auténtico placer conocerlo. Soy muy admiradora suya...

—Verá, señora —intervino Mateo—, estamos manteniendo una conversación privada. Si no le importa...

—Discúlpenme, tienen razón —dijo la mujer, avergonzada—, es que sus libros significan tanto para mí... Me he leído todos. Los considero casi una medicina. El último todavía lo tengo grabado en la memoria. Es usted maravilloso, señor Cué.

—Se lo agradecemos, pero...

—¿Le importaría hacerse una foto conmigo? —continuó la mujer sin hacer caso a Mateo, que, por todos los medios, trataba de que dejara en paz a su padre.

Cuando estaba dispuesto a encararse con ella, fue el propio Ángel quien le aplacó el ánimo. Le puso la mano en el antebrazo y le obligó a contenerse.

—Claro que sí —dijo apaciguador—. Mateo, hijo, ¿nos la haces tú?

Mateo, sorprendido por la reacción, se levantó con desgana. Cogió malhumorado el móvil y vio a su padre a través de la pantalla. Sabía de sobra que odiaba las fotos. Nunca quería posar ante los periodistas, y mucho menos con sus admiradores. Sin embargo, aquella mañana decidió sonreír junto a una desconocida. Mantuvo una sonrisa forzada, incómoda, con una mirada gris y triste, sin brillo. La señora se sentó en la silla de al lado y se pegó a él invadiendo su espacio físico, con una proximidad impertinente y maleducada y una sonrisa artificial acostumbrada a los selfis en ascensores y cuartos de baño. Mateo hizo dos fotografías rápidas y le devolvió el móvil. El fox terrier no paraba de olisquearle los tobillos y tenía miedo de que le orinara como si fuera un árbol. La mujer se levantó y, antes de agradecer el detalle, comprobó si el resultado era de su agrado. Por su gesto, quedó satisfecha.

—Muchas gracias.

Ángel alzó una mano en señal de despedida, restando importancia.

—Considérese afortunada, señora —dijo antes de que se fuera—. Se lleva usted mi última fotografía.

La mujer sonrió sin entender el comentario y enfiló la acera junto a su perro, pensando en subir aquel encuentro a sus redes sociales cuanto antes, deseosa de compartir su alegría con cientos de desconocidos.

—¿Qué tontería es esa de tu última fotografía? —le preguntó Mateo volviendo a ocupar su sitio frente a su padre.

—De eso justo quería hablarte.

—¿Me tengo que asustar?

—No digas tonterías. Aunque quisiera, no tengo huevos para matarme.

—¿Entonces? —preguntó Mateo aliviado.

Ángel sorbió un poco de café y arrastró ligeramente la silla para acercarse a su hijo, lo que provocó que el palomo se asustara y saliera volando con precipitados aletazos, llevando su cortejo calle arriba.

—He decidido instalarme en la finca y olvidarme de la vida pública. —Intentó sopesar la reacción de su hijo una vez dado el titular. Después comenzó a desarrollar la noticia—. Ya no más entrevistas, ni presentaciones, ni conferencias ni hostias. Se acabó. Ahora que me han confirmado que tengo alzhéimer precoz, quiero perder la cabeza en la soledad de mi finca, sin que nadie me moleste, dejando que viva la degeneración que voy a sufrir en total intimidad. Será un confinamiento voluntario.

—Pero eso conlleva...

—Te he pedido que no me interrumpas. Es una decisión firme, así que ahórrate los sermones. Solo te pido dos cosas.

Mateo se revolvió inquieto en la silla.

—Dime.

—Que me ayudes a buscar un matrimonio interno que esté dispuesto a vivir allí conmigo. Lo último que quiero es joderte a ti la vida.

—Papá, no me jodas.

—Eso es una redundancia.

Mateo sonrió. Ángel volvió a enderezarse para sorber otro poco de café. Utilizó después una servi-

lleta de papel para secarse los labios y perdió la mirada hacia el frente en completo silencio.

—¿Y la segunda? —preguntó Mateo.

—¿La segunda qué?

—Papá, la segunda cosa que me vas a pedir.

Ángel buscaba en su cabeza sin encontrar la respuesta. Para ganar tiempo, sacó la cartera, dejó un billete de diez euros en la mesa y se puso en pie dispuesto a marcharse, echando una última ojeada al palomo para ver si había conseguido su objetivo.

—Te la cuento camino de casa. Pero antes quiero parar en una librería.

Mateo llamó a su padre, que ya caminaba por la acera, cogió el billete y lo hizo bailar en el aire sujeto por dos dedos.

—¿No te parece demasiada propina para dos cafés?

—Joder, es verdad.

Hacía tiempo que sufría ese tipo de despistes. Siempre les quitó importancia, pero, a raíz de la confirmación del diagnóstico, cada olvido pasó a ser un dardo envenenado en su orgullo. Él, que siempre había disfrutado de una autoestima bien guarnecida, comenzaba a tener flancos vulnerables.

Nada más entrar en la Casa del Libro, Mateo notó cómo uno de los dependientes reconoció a su padre e, inmediatamente, hizo correr la voz por toda la tienda. Asiduo cliente desde hacía muchos años, Ángel era muy querido allí. Padre e hijo fueron directos a la sección de narrativa, mientras los emplea-

dos se asomaban de puntillas entre las estanterías centrales para poder ver otra vez al gran Ángel Cué en su tienda.

Un hombre con traje azul y corbata se acercó a ellos, caminando entre las mesas de novedades con la ligereza de un bailarín clásico.

—Buenos días, señor Cué, hacía tiempo que no le veíamos por aquí. Cualquier cosa que necesite, no dude en pedírnosla. Si al terminar su visita le complace, estaríamos encantados de que dejara algunos ejemplares firmados para sus lectores.

Ángel se lo agradeció con un gesto algo displicente. Mateo, ejerciendo de mera comparsa, apenas pudo corresponder a la atenta recepción del encargado. Ambos estaban acostumbrados a comportamientos similares. No en vano, Ángel Cué era uno de los escritores en español con más prestigio, de los más vendidos y traducidos, de los más galardonados con los premios más importantes, nacionales e internacionales, y eterno candidato al Nobel.

—¿A qué hemos venido, papá?

—¿Tú qué crees? ¿Qué sueles hacer tú en una librería?

Ángel Cué compró una veintena de libros. Según los seleccionaba, un empleado de la casa se los recogía y los apilaba junto a los demás en la caja central. Todos parecían estar pendientes de él. Esa actitud servil que mostraba el personal de la librería era algo que Mateo había vivido siempre con su padre. A pesar de su firme voluntad por pasar inadvertido y evitar cualquier trato de favor, eran contadas las ocasiones en las que lo conseguía. Era discreto en el vestir y

tampoco su estatura le hacía especialmente visible, sin embargo, debía de tener algo magnético en su personalidad, lo que le hacía convertirse a menudo en el centro de atención.

—¿Para qué quieres tantos libros a la vez? —le preguntó Mateo cuando ya se empezaba a cansar.

—Le debo mi vida a la lectura —contestó su padre sin dejar de hojear ejemplares—. Soy lo que soy por lo que he leído; es lógico que, ahora que voy a perder la cabeza, quiera que me pille leyendo. Tengo la intención de marcharme a la finca esta misma semana y ya no salir. Espero que mezclar realidad y ficción en soledad encubra mi locura. Como don Quijote.

Un hombre joven, parapetado tras una estantería, aprovechaba para fotografiar al escritor, ignorante ya de cuanto le rodeaba.

En la mesa de novedades estaba la última novela de Ángel Cué, que, a pesar de llevar pocos meses a la venta, ya rondaba la décima edición. Se llamaba *El estornino arrítmico*. Mateo cogió uno de los ejemplares y observó la fotografía de su padre en la contraportada, en blanco y negro, paseando por la senda de un bosque, como Robert Walser el día de su muerte. Aparecía con una especie de gabán claro, sombrero y botas altas por fuera del pantalón. Si hubiera sido un escritor primerizo, la fotografía habría resultado pretenciosamente artificial, pero, al tratarse de Ángel Cué, todo parecía natural.

Mateo levantó la mirada para comprobar si su padre seguía atareado en la selección de novelas. Le vio en el centro de la tienda, en medio de un mar de

libros, nadando entre ellos. Le pareció bella la idea de flotar entre novelas, dejarte envolver por miles de historias y consentir las caricias de lo que más has amado en la vida. Ese era su hábitat natural, su espacio. ¿Cómo era posible que ese hombre que empezaba a perder la cabeza hubiera sido capaz de escribir una joya como *El estornino arrítmico*? Abrió el libro y leyó un párrafo al azar:

... invirtió el proceso ante el lienzo. El tacto del lino le recordó sus años en Bruselas, aquellos tiempos en que la brevedad del día y la escasez de luz aplacaron el dolor de la pérdida. Una pincelada roja cruzando la tela, una gota que se pierde y estalla en el suelo como la sangre de un cordero degollado en el matadero antes de su último minuto de vida...

Por fin, Ángel terminó. Un empleado le acompañó hasta la caja. Cuando Mateo llegó, su padre intentaba recordar el pin de su tarjeta de crédito. Nadie salvo su hijo se percató de la pequeña demora en conseguirlo.

—Para que no vayan muy cargados —propuso el jefe de personal— y, puesto que vive aquí al lado, dentro de unos minutos envió a un dependiente para que le suba los libros a casa. ¿Le parece, señor Cué?

—No se moleste, vengo con mi hijo...

—No es molestia, por Dios.

Ángel estuvo a punto de confesarle, agradecido, que esa iba a ser la última vez que entraría en su librería, pero pensó que lo mejor era callarse. Con la decisión que había tomado, cualquier cosa que lle-

vara a cabo sería la última. Se pasaría el día dando explicaciones y no tenía ningún interés en hacerlo. Siempre hay una última vez para todo.

Por fin se acordó del pin.

—Marcharse a la francesa es un invento fantástico —le dijo a Mateo mientras enfilaban la Gran Vía en dirección a su casa, a escasos cuarenta metros de la librería—. ¿Sabes de dónde viene esa expresión?

—No. Instrúyeme.

—Pues yo tampoco —dijo Ángel sacando un manojito de llaves del bolsillo—. ¿Subes o qué?

Mateo se resignó a lo absurdo de la conversación.

—Claro, papá. ¿Recuerdas que aún me tienes que contar algo?

—¿El qué?

—Tú sabrás. Antes me has dicho que me ibas a pedir dos cosas.

Ángel le miró de reojo mientras el portero les abría la puerta del portal.

—Pues falta la segunda —concluyó Mateo.

La casa de Ángel era de pocas estancias, pero muy espaciaosas, de techos altos decorados con molduras de escayola. La tarima de madera natural había sido pulida hacía poco, por lo que la luz de las balconadas se reflejaba en ella como si fuera de cristal, proyectando más luminosidad a la casa. Pasaron por la puerta de la cocina, donde Mikaela, la asistenta, preparaba la comida. Dejaron atrás el sugestivo olor de

las mandocas venezolanas y se encaminaron hacia el espacio que Ángel tenía acondicionado como lugar de trabajo: una amplia habitación, anexa al salón principal, con las paredes cubiertas de estanterías con libros, algo poco original en la casa de un escritor. Ángel quedó atrás para cerrar la puerta preservando la intimidad que buscaba. Una gran mesa de madera de castaño iluminada por una lámpara Banker llamaba la atención nada más entrar. El santuario del escritor, su cueva, el refugio donde todo nacía.

—¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias. La verdad es que tengo un poco de prisa. Te agradecería que...

—Ah, sí, cierto. Voy.

Una de las paredes no tenía estanterías. Sobre el papel japonés que la embellecía colgaba un cuadro de gran formato de Luis Feito, un clásico matérico en blanco, negro y rojo, una bofetada visual que atrapaba la mirada de cualquier persona que entraba por primera vez en aquel despacho. Debajo, un aparador de fino lacado oriental color turquesa, con doble puerta. A su lado, un piano de pared con la tapa abierta y con la partitura de siempre colocada sobre el atril. Siempre la misma. Ángel se dirigió hacia el aparador, abrió una de las puertas, sacó un par de cajas y recorrió la trasera después de accionar un pequeño resorte mecánico. Mateo sabía perfectamente que allí se encontraba oculta la caja fuerte.

Le dejó hacer sin ofrecer su ayuda porque sabía que su padre la rechazaría. Mateo jamás tuvo acceso a aquella caja fuerte y ni siquiera tentaba a la suerte

preguntando sobre su contenido. Sin embargo, aquel día, Ángel estaba interesado justamente en lo contrario: quería hacer partícipe a su hijo de algún secreto. El escritor tanteó con la mano en el oscuro interior. Sus dedos palpaban a ciegas, jugueteando entre recuerdos, como si los reconociera solo con el tacto. Mateo, curioso, logró distinguir papeles, cartas y fotografías, pero no osó preguntar sobre ellas. Por fin, Ángel sacó algo de la caja. Era tan pequeño que le cabía oculto en la mano cerrada. Realizaba todo con la parsimonia de un oso perezoso, lo que desesperaba a su hijo:

—Papá, tengo clase esta tarde. Dime qué quieres, por favor.

—De momento coge esa silla y acércala a la mesa.

Ángel encendió la lámpara. Padre e hijo se sentaron enfrente de la pantalla del ordenador, que empezó a cobrar vida.

—¿Qué hacemos aquí? ¿No querrás que te vuelva a limpiar algún virus? De verdad que no tengo tiempo.

—Mateo, eres un coñazo. Espera un minuto, hijo, por favor te lo pido.

Cuando el ordenador arrancó, Ángel mostró lo que llevaba escondido. Dos pendrives aparecieron sobre la pálida y apergaminada palma de su mano, que dejó abierta encima de la mesa como si fuera una ofrenda a los dioses.

—¿Y esto? —preguntó Mateo.

—Esto, querido hijo, es un encargo para ti.

Cogió uno de los pendrives y lo introdujo en la CPU que quedaba oculta bajo la mesa. Al inclinarse,

Ángel gimió como una bisagra desengrasada. Se volvió a erguir y esperó unos segundos. Con la lentitud e inseguridad de sus dedos artríticos, el cursor fue seleccionando archivos hasta llegar a una carpeta llamada «Novelas en la niebla».

—¿Te gusta el nombre? —preguntó Ángel.

—Demasiado poético. ¿Qué contiene?

El dedo índice temblaba ligeramente sobre el ratón sin llegar a accionarlo. Dudaba. Su mente pareció perderse, nublarse, adentrarse en la niebla. Ángel inspiraba por la nariz con fuerza, como queriendo regular el ritmo excitado de su corazón. Mateo se fijó en la hora que marcaba el Longines de su padre. Era tarde, pero algo le recomendaba no agobiarle ni insistirle. Por fin, el dedo oprimió el ratón y la carpeta se abrió, dejando al descubierto cuatro archivos, como tesoros ocultos bajo la arena del desierto. Sus nombres resultaban de lo más evocadores: «La excusa equivocada»; «El candil del sótano»; «Mirna y su sexo»; y, por último, «A cambio de qué».

Ángel miraba la pantalla con emoción, a la vez que la presencia de su hijo ante aquella revelación le provocaba cierto desconcierto. La luz blanca de la pantalla brillaba en sus dilatadas pupilas, acuosas por falta de parpadeo. Era evidente que aquellos cuatro archivos representaban mucho para él.

—Papá, ¿qué quieres de mí? —preguntó Mateo colocando el brazo sobre los hombros de su padre.

Ángel tardó en contestar. Comenzó con un hilo de voz mientras agradecía la cercanía de su hijo. Fue entonces cuando todo cobró sentido.

—Tú me conoces, Mateo, sabes cómo soy. Has vivido conmigo muchos años y no tengo que convencerte de nada. Sabes de sobra que escribir ha sido todo para mí. A veces creo que nací para escribir. He trabajado mucho, no he parado de producir durante toda mi vida, incluso más de lo que el mercado editorial podía digerir.

—¿A dónde quieres llegar? —le apremió Mateo.

—He escrito a un ritmo más rápido de lo que publicaba. Tengo trabajo guardado del que nadie sabe nada. Son textos que esperan su momento para salir a la luz, pero que deben dar tiempo al tiempo. —Hizo una pausa para girarse y mirar directamente a los ojos de Mateo—. Y aquí es donde entras tú en juego.

Padre e hijo quedaron como modelos para una escultura.

—Desarrolla —dijo por fin Mateo.

—Prométeme que enviarás una de estas novelas a mi editor cada dos o tres años: incluso cuando yo ya no me acuerde ni de cómo me llamo. Mi editor siempre me pidió que dosificara mis esfuerzos, pero yo no entiendo de eso, así que nunca le hablé de estas novelas. Nadie conoce su existencia. Son trabajos de continuidad. Escribo para mantenerme vivo, Mateo, ya lo sabes, pero se me ha acabado el chollo. Tampoco nadie sabe que estoy perdiendo la cabeza. Serás tú el encargado de mantener viva la dignidad de mi nombre.

Ángel cerró la carpeta y extrajo el pendrive de la CPU.

—Papá, esto...

—Por favor, no digas nada. Te entrego las dos

únicas copias que existen de estas cuatro novelas. Cuídalas bien. Mucha gente estará interesada en ellas. No te estoy pidiendo nada que no puedas hacer. —Ángel carraspeó y después continuó—: Ahora, si no te importa, déjame solo. Necesito poner en orden muchos temas antes de marcharme definitivamente a la finca.

Mateo guardó los pendrives en el bolsillo interior de su chaqueta. Se fijó en cómo su padre seguía el movimiento de su mano con la mirada. Triste y dolorido. Le besó antes de salir del despacho.

—Te quiero, papá —le susurró al oído.

Ángel tan solo cerró los ojos y recostó la cabeza en el respaldo de la butaca.

Así empezó todo.